

CAPITULO XXXIV.

El sol de Africa ha completado su carrera en los cielos, sin atreverse á profanar con uno solo de sus abrasadores rayos las sagradas reliquias que habian sido espuestas. Las nieblas de la tarde se levantan y el pesado rocío cae sobre la tierra, pero ni aquellas ni este llevan el veneno de la descomposicion á aquel precioso cuerpo, que permanece intacto. Las fieras del desierto andan errantes y rugen á distancia ó cerca, mas ninguna de ellas se atreve á tocarlo. . . . Los buitres que velan por la noche en las altas rocas del contorno, no esperan clavar sus garras en semejante víctima. Las estrellas, que se han mostrado ya en el firmamento, contemplan á Calista, como si fuesen otras tantas antorchas fúnebres encendidas en su honor. Elévase luego la luna sobre tan solemne espectáculo, y orla con su luz plateada el negro crespon de la noche. Pero el luto y la disolucion no existen para el generoso cristiano que ha muerto combatiendo por su Dios. El mundo de los espíritus tiene tan poco poder

sobre él como el mundo material. Ningun espíritu malo asediara á la que ha subido adornada con la blancura de su ropa bautismal al trono celeste. El fuego de la expiacion no alcanzara á la que ha sido llevada en su brillante *flammeum* á la cámara Nupcial del Cordero. Un perfume divino emana de ese cuerpo insensible, inmóvil, destrozado por el tormento, y llena el aire con suaves olores. Al rededor de su frente brilla una aureola luminosa que la claridad del nuevo dia no disipa enteramente. Sus facciones han recobrado la magestad primitiva, pero con una espresion de inocencia infantil y de paz celeste. Las cuerdas han hecho brotar sangre de sus puños y tobillos, sangre que ha corrido por la arena, empapándose en ella; pero los ángeles recibieron el cuerpo de mano de los soldados cuando estos le quitaron del caballete, y yace tendido en el suelo en actitud dulce y modesta.

Los que pasan, se paran á contemplarlo, los ociosos lo rodean. Estiéndese en Sicca la voz de que ni el sol durante el dia, ni la luna por la noche, ni la humedad atmosférica, ni las fieras tienen poder alguno sobre aquel maravi-

lloso cadáver. Hasta se añade que nadie que se acerca á él deja de experimentar cierta estraña influencia, que le pone sereno y grave, que ahuyenta sus malas pasiones y calma la agitacion de su espíritu. Muchos van á verlo diferentes veces, por el efecto misterioso y agradable que ejerce sobre ellos. No les es posible hablar de él libremente uno con otro, y les sobrecoge un santo terror cuando tratan de hacerlo. Los que no conocen el acontecimiento mas que de oídas, pretenden que los admiradores han estado en un bosque de las Eumínides ó han tropezado de repente con el lobo. La impresion popular continúa y se propaga, y al paso que unos lo atribuyen á mágia, otros dicen que proviene de los grandes dioses. La tarde sucede de nuevo al dia, á la tarde la noche, esta sigue su curso y vuelve la mañana.

Empieza á despuntar el alba; un débil resplandor se difunde por todas partes en los cielos, y mezclándose con la oscuridad, produce el crepúsculo, cuyo brillo se aumenta gradualmente, y los perfiles de la naturaleza van saliendo de entre las sombras de la noche. Poco

á poco el sagrado cuerpo llega á ser perceptible, y al paso que la claridad crece, se dibujan tambien poco á poco las formas de cinco hombres que no estaban allí la noche anterior. Uno va al frente, y los demas le siguen con una especie de ataúd ó litera. Están entre el cuerpo y la montaña, y deben haber venido del campo. Su atrevimiento ha sido grande, esponiéndose á encontrarse, primero con las fieras nocturnas, y en seguida con el populacho y los soldados. Estos se mantienen á corta distancia, silenciosos y atentos; algunos individuos del pueblo han pasado la noche junto al cadáver con un objeto supersticioso, imaginando cortar trozos de carne para designios mágicos, ó bien un dedo, un diente, una trenza de sus cabellos, ó un pedazo de su túnica, ó su cuerda teñida de sangre que sujetaba sus puños y sus tobillos.

Con la claridad del dia, Calista es ya del todo visible para el jóven que, de pié al otro lado, absorto en sí mismo, unidas las manos y arrasados en lágrimas los ojos, se estremece al considerarla. Se vuelve á sus compañeros, que traian una gran sábana ó paño mortuo-

rio, y ayudado de uno de ellos, con asombro del populacho, lo estiende encima del cuerpo. Hecho esto, permanece otra vez, aunque solo por unos instantes segundos, sumergido en sus reflexiones, orando, llorando y fortificándose contra lo que va á seguir. ¡Ah, pobre Agelio! aun no has llegado al colmo del triunfo; otros pensamientos deben todavía ocuparte, otras emociones deben conmover tu corazon, antes de que estés preparado simplemente á regocijarte y triunfar con Dios en la forma inanimada que yace ante tí. La obra que acometes es intrépida; pero tu corazon está destrozado mientras pones mano á ella, y vacila antes de empezar.

Cuando vió á Calista la última vez, estaba en todo el brillo de su natural hermosura, en todo el vigor y elevacion de su talento. Parecia que habia pasado un siglo desde aquella mañana; parecia que un abismo separaba el momento actual de aquel en que ella le fascinaba en tan alto grado con su presencia y le reprendia magestuosamente el ceder á tal fascinacion. Sin embargo, cada incidente de aquella entrevista estaba impreso en su memoria con caracteres in-

debles. ¡Oh, por qué el Criador habria decidido destruir una de sus mas admirables obras! Si el curso del sol y de los astros es adorable, si las leyes que rigen la tierra y el mar, indican la Mano de la Sabiduría y del Poder Supremo, ¡cuánto mas perfecta es la belleza que se manifiesta en el hombre! Y Calista era un tipo eminente y completo de la naturaleza humana, un alma superior adornada de todos los dones y dotada de una rara inteligencia, bajo una forma exterior igualmente perfecta en su especie, pero mas superior aún por su union íntima y su subordinacion al alma, cuya sencilla y fiel espresion casi era. No obstante, aquella preciosa obra del Todopoderoso la habia destruido el Todopoderoso mismo implacablemente, para darle una perfeccion mas elevada y menos perecedera. ¡Misterio de los misterios! ¡Que sea imposible ganar el cielo sin que nuestra naturaleza primitiva sufra tal trastorno y destruccion! ¡Misterioso principio existente en nosotros! ¡Cualquiera que sea, como quiera que se haya introducido en nuestro cuerpo, tan contrario á Dios, y que ha despojado nuestra naturaleza de lo que

parece tan bueno, hasta el punto de que todo necesite ser destruido y haya que empezar nuevamente! “Un enemigo ha hecho esto;” nada mas sabemos; y fuerza nos es dejar la esplicacion del terrible misterio para el dia en que todas las cosas serán aclaradas.

Agelio no habia permanecido ocioso mientras asaltaron su entendimiento estas ideas. Se habia bajado y recogia las partículas de arena, humedecidas con la sangre de la mártir, depositándolas en un saquito que sacó del seno. En seguida, sin detenerse, mirando á sus compañeros y haciéndoles una señal, se trasladó resueitamente con dos de ellos al otro lado del cadáver, para protegerlo contra cualquier ataque, en tanto que los dos ayudantes que quedaban al lado opuesto procedian rápidamente á apoderarse de él. En efecto, lo levantaron, lo pusieron en el ataúd, y le llevaron por un camino no trillado al través del desierto, mientras que Agelio, Aspar y un tercero luchaban con algunos bribones que se habian arrojado sobre ellos. Es cierto que el número de los agresores era corto; pero sus gritos de alarma atraian á otros, y los cris-

tianos corrian inminente peligro de ser vencidos y presos, cuando de repente intervinieron los soldados. Se pretesto de mantener la paz, hirieron á diestro y siniestro con sus pesadas mazas; de suerte que sus golpes prodigados á la ventura, cayeron sobre todo el que se acercaba, sin causar mucho daño á Agelio y á sus compañeros; los que aprovechándose de aquel incidente, desaparecieron por el mismo camino oculto que lo habian hecho antes sus camaradas. Si ellos ó los dos que conducian el cuerpo de Calista, pasaron bastante cerca de algunos cabreros de las montañas para ser vistos, debemos suponer que los ángeles cerraron aquellos ojos paganos á fin de que no los conocieran.

CAPITULO XXXV.

El ataúd, los conductores y los protectores, han llegado sin tropiezo á la caverna, y bajan á la galería, precedidos de sus huéspedes cristianos, que llevan hachones encendidos y cantan salmos. Colocan el sagrado cuerpo

delante del altar, y empieza la misa. San Cipriano celebra, y despues del Evangelio dirige una corta alocucion á los asistentes.

Los invita á alabar, bendecir y exaltar la adorable gracia de Dios, que tan maravillosamente habia arrancado un tizon del fuego. *Benedicamus Patrem et Filium cum Sancto Spiritu. Benedictus, et laudabilis, et gloriosus, et super-exaltatus in sæcula.* Esta gracia realizaba cada dia maravillas, y sobrepujaba todo lo que parecia factible en poder y en amor, por medio de manifestaciones siempre nuevas. Una griega ha venido á Africa á hermosear los altares del paganismo, á cooperar á la obra del diablo, á afirmar los antiguos vínculos que unian el genio al pecado; y se habia salvado de repente. La que ayer era aún una pobre jóven de la tierra, habita hoy en los cielos. La que ayer no tenia Dios ni esperanza, hoy, mártir dichosa, se prosterna ante el trono del Señor, adornada con una palma verde y un vestido de oro. La que ayer era aún esclava de Satanás y se perdía en las vanidades del siglo, hoy bebe de los torrentes inagotables de la eterna bien-

aventuranza. La que ayer era solo fraccion de un número, grano de un vasto monton, destinado indistintamente á las llamas del infierno, hoy es una de esas almas escogidas que figuran *ab æterno* en el libro de la vida y están predestinadas á la gloria. La que ayer padecia aún hambre y sed, y buscaba impaciente algun objeto digno de un espíritu inmortal, hoy disfruta el éxtasis inefable del Banquete Nupcial y de los desposorios de Emanuel. La que ayer flotaba aún acá y allá en un oceano de dudas, hoy se siente arrebatada en su vision de la verdad infalible y de la santidad inmutable. Y sin embargo, ¿qué era ella, sino un ejemplo entre diez mil, de la Omnipotencia é Infinita Gracia del Redentor? ¿Y quién, entre todos los que se hallaban allí reunidos, desde el mas heróico al mas humilde neófito, desde el predicador lleno de autoridad hasta el esclavo ó el aldeano, no era igualmente, á su manera, un milagro de misericordia, convertido de objeto de ira en vaso de eleccion? El y todos los que le escuchaban debian perseverar como habian empezado, á fin de que, en el caso posible de una prueba seme-

jante á la de Calista, el resultado fuese igualmente ventajoso.

San Cipriano cesó de hablar; y mientras que el diácono abria el *sin don* para el ofertorio, los fieles cantaron alternativamente las estrofas de un himno que insertamos aquí en una traduccion muy imperfecta:

“Cuenta, oh Señor! el número de tus elegidos, y completa sus filas; separa el grano de la cizaña y almacena el trigo; en seguida descende.

“Desciende y descubre con Tu bajada este misterio de la vida, en que el bien y el mal mezclados, luchan sin cesar.

“Porque dos rios corren continuamente, y sus olas se deslizan juntas; el bien en los abismos del mal, el mal en el corazon del bien.

“Los últimos son los primeros,—los primeros son los últimos; éstos son rechazados duramente del redil,—aquellos bien recibidos en él. Así lo ven los ángeles.

“Ni una familia cristiana, ni los ojos de un pastor, ni la voz celosa de un predicador, escitaron á Tu mártir querida á arrostrar la cárcel y el tormento.

“Salió de las filas del paganismo para reclamar el trono perdido por las almas cristianas, que no habian conservado su derecho de nacimiento y su nombre.

“La gracia la sacó del cieno del pecado; arrodillose, alma impura, levantose con toda la fé, confianza y dulzura de un niño.

“Y en la frescura de ese amor, predicó con la palabra y con las obras los misterios del mundo invisible;—confesó gloriosamente la fé que acababa de abrazar.

“Y terminando en pocas horas el curso entero de la vida, alcanzó el trono del poder infinito, y está sentada á los piés de Jesus.

“Su espíritu allá, y aquí su cuerpo, reunen la tierra al cielo; invocamos su nombre,—tocamos respetuosamente su ataúd; sabemos que su Dios está cerca.”

El último pensamiento de este himno aun no terminado, recibia su respuesta, mientras lo cantaban. Juba habia sido conducido á la capilla por su hermano y los exorcistas. Desde que estaba confiado á estos, se habia mostrado en general tranquilo y dócil, con

intervalos de agitacion salvaje y loco terror. Hablaba, á veces, de un terrible incubo que oprimia su pecho, y al que no podia lanzar de sí; esperando, añadia, que no se le atribuirian todas las blasfemias vomitadas por su boca. A la sazón luchaba con extraordinaria violencia, estremeciéndose de pavor; y cuando le llevaron hácia las sagradas reliquias, un sudor copioso y frio inundó su frente, y sus facciones se contrajeron y alteraron. Retrocedió é hizo los mayores esfuerzos para desasirse de las manos que le sujetaban; le salia espuma de la boca, y de tiempo en tiempo lanzaba agudos gritos y proferia palabras horribles que turbaron, aunque sin interrumpirlo, el canto del himno. Sus conductores insistieron, y le acercaron al cuerpo de Calista, cuyos piés le obligaron á tocar. En el mismo momento despidió horribles gritos, y fué elevado en el aire con tal fuerza, que parecia como si le hubiese lanzado una máquina de guerra: despues volvió á caer en el suelo aparentemente sin vida.

La larga oracion habia concluido; cantose el *Sursum corda*, y entonces Juba se levantó del suelo. Cuando se di-

jeron las palabras de la consagracion, adoró con los fieles. Despues de la misa, los que le cuidaban se aproximaron á él, y le encontraron totalmente cambiado; estaba tranquilo, inofensivo y silencioso; el espíritu malo le habia abandonado, pero era un idiota.

Este milagro fué el principio de una série de ellos que siguieron al martirio de Santa Calista, el cual puede considerarse como la causa de la resurreccion de la Iglesia de Sicca. Pocos meses despues murió Decio asesinado, y la persecucion cesó en esta ciudad. Casto ocupó la sede episcopal, y gran número de personas empezaron á entrar en el redil. Los apóstatas pidieron la paz, ó á lo menos las gracias que estaban en aptitud de recibir. Hubo paganos que solicitaron el mismo favor. Cuando se les preguntaba el motivo de su conversion, respondia solo que la historia de Calista y su muerte los habian afectado de un modo irresistible, y que no podian menos de seguir sus huellas. Creciendo en atrevimiento y en número, los cristianos se hicieron respetar de los magistrados y del populacho. Este habia sido ya humillado, y el

cambio continuo de señores, y las medidas que el gobierno imperial tomaba respecto de los cristianos, inspiraron una timidez cronica á la magistratura. Se construyó pronto una hermosa iglesia, á la que fué trasladado el cuerpo de Calista, y que permaneció en pie hasta la época de la persecucion de Diocleciano.

Juba se puso al servicio de esta iglesia; y aunque no consiguieron enseñarle ni siquiera á barrerla, no fué nunca molesto ni amigo de hacer mal. Vivió así como unos diez años. Por último, una mañana, despues de la misa, á que asistia siempre bajo el pórtico de la iglesia, corrió de repente á donde estaba el obispo, y le rogó que le bautizase. Dijo que Calista se le habia aparecido, y le habia devuelto la inteligencia. San Oasto, entrando en conversacion con él, se convenció de que su restablecimiento era real; y no sabiendo cuánto tiempo duraria su estado de lucidez, no vaciló, despues de haberle comunicado la instruccion que era posible, en administrarle el sacramento que deseaba. Una vez recibido, se dirigió Juba al sepulcro de Calista, y permaneció todo el dia

prosternado á los piés de su bienhecho-
ra, permitiéndosele pasar allí tambien la noche, por no sentirse dispuesto á separarse de aquel sitio. A la siguiente mañana se le encontró aun en actitud de orar, pero sin vida. Habia dejado este mundo, vestido con la ropa bautismal.

Respecto de Agelio, si fuese el obispo de este nombre que padeció en Sicilia el martirio, de edad ya avanzada, durante la persecucion de Diocleciano, el hecho poseeria para nosotros el mas vivo interés, y nos alegrariamos de cerrar con él nuestro relato. Lo que hace esto muy probable, es que, segun dicen, este obispo mandó proceder á la traslacion de las reliquias de Calista, bajo el altar mayor, donde decia diariamente misa. Despues de su martirio, el cuerpo de San Agelio fué depositado tambien en aquel punto.

FIN.

